

*sapientísimo, y sin embargo ya no sabe mas, que pueda concederos: Dios es riquísimo, y nada le queda que repartir, pues todo lo ha dado, dándose á sí mismo*¹. Pero, ¿qué aprovecharemos con que Jesus sea tan generoso, si nosotros no nos queremos enriquecer con sus dones, ó quizás los despreciamos con malicia, ó abusamos de ellos con sacrilega maldad? Entremos dentro de nosotros, y reflexionemos que, á quien Dios ha tratado con tanta generosidad en su amor, pedirá estrecha cuenta en su justicia.

MÁXIMAS.

Son tan admirables los efectos que produce en el alma la sagrada Comunion hecha dignamente, que dice San Vicente Ferrer, que una sola vale mas que ocho dias de ayuno á pan y agua; porque, uniéndose tan íntimamente el hombre con Dios, se abrasa todo en su amor, dándole hastío todo lo que no sirva para gloria suya, y desapareciendo de su alma todo afecto á las cosas terrenas; por esa razon, el Papa Inocencio III, al hablar del fruto de la Pasion de Jesucristo, y de los resultados de la Eucaristía, dice que con aquella nos libró de la potestad del pecado, mas con esta nos libra de caer en pecado.

PROPÓSITOS.

Acerquémonos por tanto con las disposiciones convenientes á la sagrada mesa, haciéndolo siquiera en los dias consagrados á celebrar los misterios de la vida, muerte y resurreccion de nuestro Redentor.

¹ Div. August. Tract. 48 in Joan.

y las glorias de María Santísima; y aún con mayor frecuencia, consultando siempre á un sábio director, para no errar, y contando con no faltar á nuestras respectivas obligaciones domésticas y públicas.

AFECTOS.

¡O Jesus mio! bien sé yo que nada puedo hacer sin tu gracia, y que no me he aprovechado de ella. ¡Qué contraste! ¡Tú tan dadivoso, yo tan indigno de tus dones! ¡Tú tan generoso, yo tan ingrato á tus favores! Pero, no mas ingratitud, Dios mio; inclina tu oido y óyeme; porque soy pobre y menesteroso¹. Padre nuestro, etc., *como el primer dia.*

DIA XVII.

Todo se dice como el primer dia, hasta la siguiente

MEDITACION.

TRISTEZA Y DOLOR DEL CORAZON DE JESUS.

PUNTO PRIMERO. Desde el primer instante en que se efectuó la Encarnacion del Verbo divino, poseyó el alma de Jesucristo aquel estado de incomprendible felicidad, que la resultaba de su union á la Divinidad: y por efecto de esta union de la naturaleza humana á la persona del Hijo de Dios, hubiera sido tambien inmortal, glorioso é impassible el cuerpo, á

¹ Pşalm. 85, v. 1.

no haber querido el mismo Dios tomarlo mortal y pasible, para *asemejarse en todo á sus hermanos, y como Pontífice fiel, expiar los pecados del pueblo* ¹. Gozaba, pues, desde el momento de su creacion, aquella alma santísima de la gloria eterna, y veía á Dios cara á cara, excediendo en su comprension á todos los serafines, reflejando como reflejaba en ella la sabiduría eterna y la suma felicidad, con que Dios es dichoso en sí mismo.

¿Podía este amable Jesus, que es la alegría de los ángeles, padecer tristezas y aflicciones, siendo estas, como son, la herencia de la humanidad herida por el pecado, que el Hijo de Dios no contrajo, ni pudo cometer? ¿Podían sobrevenir al Corazon de Jesus los temores, el miedo, la melancolía y la tristeza? Nada de esto puede acaecer á un alma que goza de la bienaventuranza. Mas, ¡ó caridad infinita de Jesus para con los hombres! Queriendo elevarnos á nosotros hasta lo mas sublime de la inmortalidad, se dignó descender á lo mas profundo de nuestras actuales desventuras, probando en su Corazon esas tristezas intensas y destructoras de nuestra dicha temporal, que acibaran nuestra vida al amenazarnos una catástrofe suprema é inevitable.

Solo el mismo Jesus, que es Dios, sabe cómo ha podido conciliarse la suma felicidad de que goza, con la afliccion extrema que padece, cuando llega el tiempo en que él mismo determina, que caiga sobre su Corazon toda la violencia del dolor; y para que pudiéramos nosotros rastrear algo de este portentoso amor, fué preciso que él mismo dijese á sus discipulos, que *estaba su alma triste hasta la muerte*: ²

¹ Hebr. cap. 2, v. 17.

² Mat. cap. 26, v. 38.

lo que equivale á afirmar, que era tan cruel la afliccion que lo devoraba, que moriria de dolor, á no sostener su vida con la fuerza de la Divinidad ¹. ¡Ah! ¡Qué grande es, qué honda, qué inefable la congoja que lo abrumba! Mejor que el Profeta, pudo decir entonces, que *las saetas divinas se habian clavado en él* ², y que su Corazon se habia conturbado, y lo habian abandonado sus fuerzas, no estando ya con él ni la luz de sus ojos ³, por hallarse su alma llena de males, y su vida próxima al sepulcro ⁴.

Pero, ya que no podemos comprender las obras misteriosas de la Divinidad, debemos considerar que, si Jesus se hizo voluntariamente víctima de la tristeza, fué con el fin de devolvernos la alegría de la salud: porque la tierra es un valle de lágrimas, desde que el Criador dijo al hombre, que la regaria con el sudor de su rostro, no encontrando el fruto de sus fatigas, sino entre espinas y abrojos ⁵. Cuando vemos esta luz material por primera vez, la saludamos sollozando, y al dejarla para bajar al sepulcro, derramamos lágrimas amargas: y entre uno y otro momento, ¿qué espacio de tristezas, dolores y contradicciones no recorreremos? Y ¿cómo las sobrelevaríamos con resignacion, si Jesucristo no nos hubiera abierto el camino del cielo, recorriéndole él primero entre las zarzas y cambrones de las amarguras temporales? Esta tristeza de su Corazon es la que engendra aquel gozo soberano, que tienen las almas justas en

¹ Id est, tanta est animi tristitia, quod nisi virtute divina præservaretur, me perduceret usque ad mortem. (S. Hilar. in Mat. 26.)

² Psalm. 37, v. 3.

³ Ibid. v. 11.

⁴ Psalm. 87, v. 4.

⁵ Genes. cap. 3, v. 19.

la tribulacion, en las persecuciones, y en la misma muerte, porque la gracia de Jesus las hace mirar siempre á la ciudad venidera que esperan. ¡Ah! En cuanto Jesus ha querido ser tentado y atribulado, es poderoso para socorrer á los que pasan los trabajos de esta vida ¹. No apartemos jamás nuestra vista de este modelo, si queremos ser superiores á los trabajos inherentes á esta vida, y alcanzar por medio de ellos la victoria.

PUNTO SEGUNDO. Hay gran diferencia entre las afecciones del alma de Jesus y las nuestras: revestidos nosotros de una naturaleza herida por el pecado, sentimos, antes que la voluntad lo quiera, la impresion que hacen en nuestros corazones los objetos que nos rodean, viéndonos precisados á combatir tan pronto contra una tristeza mortal, producida por la presencia de un infortunio, tan pronto contra una alegría desordenada, hija de la concupiscencia, huyendo la voluntad de la primera, y abrazando con satisfaccion la segunda, sin poder triunfar de una y otra, sino es con la gracia de Jesucristo. Pero no sucede así al alma de Jesus; porque, teniendo una naturaleza inocente, ni el gozo, ni la tristeza, ni la afliccion podian sobrevenirle, sin que su voluntad lo mandase ². Así es que, cuando se advierte en el rostro del Salvador alguna señal de turbacion de su Corazon, semejante á las que involuntariamente sobrevienen á los demás hombres, no son los objetos exteriores, ni las desgracias, las que la producen por su presencia, sino el imperio de su

¹ Hebr. cap. 2, v. 18.

² S. Joan. Damascen. lib. 3 de Fid. ortod., cap. 20.

voluntad, que manda al Corazon: y entonces Jesus *gime en su ánimo*, y se turba á sí mismo ¹.

Muchas veces, con rostro apacible y ánimo sereno, habia dicho á sus discípulos cuánto habia de padecer; mas, al acercarse el momento, en que quiere demostrar que tiene un Corazon sensible, manda á la tristeza que se vaya apoderando de él, y ejerza sobre este Corazon toda su fuerza, llenándole de tedio ². No era sin embargo esta tristeza una necesidad de la naturaleza humana, sino un efecto de su voluntad, que quiso transfigurar en sí el cuerpo místico de la Iglesia, de la cual es Cabeza: así sabrian los fieles, que no es pecado el sentir tristeza y dolor en los infortunios; ni se juzgarian decaidos de la gracia divina, cuando sintiesen los movimientos de la miseria humana y de la concupiscencia, sino cuando los siguiesen á pesar del dictámen de la conciencia, y de las prescripciones de la ley de Dios. Pero, ¿quién no ve en esta tristeza del Corazon de Jesus el misterio de la reconciliacion del mundo, aceptada y ejecutada voluntariamente por el Hijo de Dios?

Antes que los judíos se apoderasen del Justo para sacrificarlo, da principio él mismo á la expiacion del pecado, siguiendo para borrarlo, los mismos trámites que adoptó el hombre para cometerlo. Sí, antes de que consumemos la culpa, la hemos consentido en el corazon; del cual salen los pensamientos malos, los robos, las blasfemias y los testimonios falsos ³. Allí se alegra inícuamente el pecador, no admitiendo mas ley, *que la fuerza brutal* ⁴. Allí se fra-

¹ Joan. cap. 11, v. 33.

² Mat. cap. 26, v. 37.

³ Mat. cap. 15, v. 19.

⁴ Sap. cap. 2, v. 11.

guan aquellos deseos impíos, que el incrédulo quisiera ver cumplidos, para pecar sin remordimiento y sin temor, diciendo locamente à sí mismo: *No hay Dios* ¹, ó si lo hay, *no verá nuestros desafueros* ². ¡Ah! Ni una sola ofensa de la Santidad infinita se ha consumado, sin que haya sido precedida de la malicia del corazon, que ha despreciado la ley divina: y como Jesucristo va á borrar todos los pecados en la Cruz, antes que empiece el sacrificio, quiere que pase por su Corazon tanta tristeza, cuanta ha sido la malicia de los corazones de los pecadores para ultrajar á su Dios: y así como permite á los verdugos que rompan sus carnes, permite á la misma tristeza que asédie su Corazon, lo acometa y lo devore.

¡Cuánto no debemos agradecer á Jesucristo esta tristeza! Para redimirnos copiosamente, diera facultad á los sayones sobre su cuerpo: mas, ya que no podían estos mandar en su Corazon, él mismo es quien excita en su interior todas las afecciones de tédio y melancolía, para satisfacer á su Padré por todas las acciones pecaminosas, por todas las palabras malas y por todos los deseos perversos, con que le hemos ofendido. Al contemplar este portento de amor, digamos sin cesar: *Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis de corazon pesado? ¿Por qué amais la vanidad y buscáis la mentira?* ³ Pero, no nos contentemos con solo el decir: hagamos tambien, rechazando de nuestro corazon todo deseo ilícito y huyendo de toda ocasion de ofender á Dios,

¹ Psalm. 13, v. 1.
Psalm. 4, v. 3.

² Psalm. 93, v. 7.

EJEMPLO.

La Seráfica Santa Teresa de Jesus, despues de haber renunciado al siglo y consagrádose al servicio del Señor, pasó diez y ocho años, llena de contradicciones, tentaciones y sequedad de espíritu; y era tan dura algunas veces la afliccion que padecia, que la parecia que estaba como abandonada de su esposo celestial, lo que era para ella una pena mas amarga que la muerte; pero, entretanto, era tal el horror que tenia á la culpa, que antes se hubiera dejado despedazar mil veces, que consentir en una sola ofensa contra la ley de Dios.

PROPÓSITOS.

De este modo servian al Señor los Santos, y si aspiramos á ser un dia sus compañeros en la gloria, hemos de juzgar como ellos, que en este mundo no hay otro mal de que debemos huir, mas que el pecado; porque todos los otros han sido dulcificados, desde que Jesucristo los santificó con sus sufrimientos, y solo la culpa fué la causa de las amarguras inexplicables que padeció. Prometamos, pues, al Sagrado Corazon de Jesus huir del pecado, como de la vista de un áspid, no admitiéndolo, ni siquiera en nuestro pensamiento: pues si damos asenso á las sugeriones malignas, tardaremos en consumarlas, tanto cuanto diste la ocasion, ó cuando nos asistan las fuerzas.

AFECTOS.

O buen Jesus, tú conoces todas las cosas, las antiguas y las nuevas, y sabes que los pensamientos, que no he dirigido á tu gloria, se han disipado, atormentando mi corazon. Quiero pensar siempre en ti, y anunciar tu verdad sin cesar: *Concédeme por tus antiguas misericordias, que todo sin ti me fastidie, y toda tristeza por ti me deleite* ¹.

Padre nuestro, etc., como el primer dia.

DIA XVIII.

Todo se dice como el primer dia, hasta la siguiente

MEDITACION.

FORTALEZA DEL CORAZON DE JESUS.

PUNTO PRIMERO. La pasion de Jesucristo es el espectáculo mas admirable á los ojos de la fe, por ser el combate de la mansedumbre, de la paciencia y de la caridad, con la soberbia, la ira, el rencor y todas las pasiones. Estas, movidas con destreza por los príncipes de las tinieblas, que se han posesionado de los ánimos de los sayones y verdugos, van creciendo á medida que los tormentos se prolongan, arreciándose con furor inconcebible, al ver que la víctima no se conmueve con las injurias, ni se alte-

¹ Div. August. Medit. cap. 9.

ra con las deshonras, ni se inmuta en los denuestos, ni se queja en los tormentos, ni se impacienta al verse tratada, peor que si fuera un vil gusano de la tierra. Aquellas, siempre iguales y sin desmentir al divino personaje que las ejercita, brillan en la tempestad de los padecimientos con tanta luz, y parecen con tal fuerza, que inutilizan todos los proyectos de sus enemigos, pues donde ellos creen labrar la ruina del Justo, ha establecido este su triunfo y su victoria.

¿Qué corazon no se enternece, al ver cuán indignamente es maltratado el Redentor? Mil picas y alabardas se asestan á su pecho para prenderlo, como si fuera un ladron ¹: ásperas maromas atan sus manos; cruel manopla hiere su rostro; innumerables azotes abren sus carnes; un rey sacrilego lo tiene por loco, permitiendo á sus cortesanos que se diviertan con él, como con un fátuo; una soldadesca cruel y sarcástica lo corona con tanta ignominia como dolor: un juez bárbaro lo compara con un homicida; un pueblo insensato lo pospone á un asesino, y dos ladrones lo escoltan al morir, para que aparezca ser el mayor de los bandidos. Mas, entre tanto, ni Jesus se queja contra los verdugos, ni se irrita contra sus enemigos.

¡Gran Dios! ¿Qué portento es este? ¿Acaso es el Corazon de Jesus insensible, cuando lo motejan de blasfemo y perturbador, y merecedor de toda afrenta, ó no sufre su cuerpo al ser herido sin piedad? ¡O arcano inefable de la fortaleza de Jesus! Es entonces tan inmensa la amargura de su Corazon, que, repartida entre todos los ángeles, bastaria para cu-

¹ Mat. cap. 26, v. 55.

brirlos de eterno luto: y si hubieran de dividirse entre todos los hombres los dolores de aquel cuerpo unido á la Divinidad, serían suficientes para hacerlos morir en un instante. ¡Ah! Solo de pensar en que la pasión es inminente, cae Jesús en agonía y suda sangre; y poco antes de consumarla, se queja amorosamente á su Padre de que lo tiene abandonado. Porque es tanto lo que ha padecido su cuerpo, que ha caído tres veces bajo el peso de la cruz; y clavado en ella, lo devora una sed abrasadora, producida por los dolores interiores que escitan el calor natural, consumen los humores, y abrasan las entrañas del paciente ¹.

Contemplemos, entre tanto, la fortaleza de su Corazón divino: sabe Jesús que llegan sus enemigos para apresarle, y sin esperar á que ellos se aproximen, les sale al encuentro, diciéndoles que él es el Jesús Nazareno á quien buscaban ², y que podían echarle mano, por ser aquella su hora y la potestad de las tinieblas ³. Él mismo, obedeciendo al verdugo descomedido, se despoja de sus vestiduras, y arrima sus manos á la columna para ser ligado y azotado ⁴: él mismo carga su cruz, y al llegar la hora del sacrificio, él mismo también se tiende sobre ella, y va alargando á los sayones sus manos y pies para que los claven, no habiendo querido beber el vino aromático, después de haberlo gustado, para padecer más. A este extremo llega la fortaleza de Jesús, para soportar los tormentos del cuerpo y las aflicciones del alma. ¡Oh cuán incomprensible es para

¹ Cyril. Alex. lib. 13 in Joann., cap. 35.

² Joan. cap. 18, v. 8. ³ Luc. cap. 22, v. 53.

⁴ Revel. S. Birgit. lib. 1, cap. 10.

el hombre, y cuán inefable hasta para el ángel! Pero de poco nos servirá conocerla, si no nos revestimos de aquella virtud de la cual sale la fortaleza del Hijo de Dios, á quien debemos imitar. Es esta la humildad con que Jesús se ha sujetado á su Padre, á quien podemos contemplar con los ojos de la fe ligando á su propio Hijo, no ya con las cadenas de nuestra fragilidad, sino con los vínculos de su eterna caridad, para que bebiese por nosotros el cáliz de la Pasión ¹. ¡Ah! Si queremos tener fortaleza de espíritu, la hemos de buscar entre las virtudes que la dan, que son la paciencia, la mansedumbre y la humildad.

PUNTO SEGUNDO. Como Jesucristo supiese las persecuciones que el mundo había de suscitar contra sus imitadores, no quiso que aquellas los cogiesen desprevenidos, ni que se encontraran sus discípulos desarmados cuando llegasen. Así les dijo claramente cuanto les acacceria, señalándoles al mismo tiempo las armas, con que habían de pelear para vencer, pues son *poderosas para destruir fortalezas* ². Y era necesario que todo un Dios nos mostrase la fuerza de estas armas, y nos precediese en su manejo y aplicación; porque el hombre sabía que había sido vencido por su orgullo y presunción: mas, no podía saber, si Dios no se lo enseñaba, que toda la fortaleza le había de venir del cielo por medio de la humildad, obrando en contradicción con lo que enseñaba el mundo, acostumbrado á ser fuerte con la violencia, y á dominar á unos con astucia, y á otros con terror.

¹ Rupert. Alb. lib. 6 in Genes. cap. 31.

² 2.^a Corint. cap. 10, v. 4.

Pero, ¿quién no bendice al Señor, al contemplar la sapientísima economía, con que oculta su fuerza divina entre las abyecciones, para vencer al enemigo del hombre? El fuerte armado guardaba su fortaleza lleno de orgullo y presuncion; y para arrancársela de una vez, no hizo Dios mas que presentársele delante en forma de siervo. Desde que hubiera hombres en la tierra, no habia visto Satanás un sér mas manso y humilde, ni menos accesible á los movimientos desarreglados del alma, pues ni las alabanzas lo engrien, ni las persecuciones lo turban, ni las injurias lo alteran. Tanta mansedumbre lo irrita, no pudiendo sufrir ver hollado su imperio por uno que, á su parecer, es puro hombre: y suscitando contra él todas las pasiones brutales de sus enemigos, hace que lo condenen á morir, complaciéndose él, al ver con qué crueldad lo clavan en la cruz, y gozándose porque va á morir aquel, á quien no ha podido vencer, cuando lo ha tentado por el orgullo, la presuncion y la concupiscencia de los bienes terrenos ¹.

Entre tanto, Jesus se deja tratar como un criminal, ó un esclavo: y apenas ha horadado el hierro sus divinas manos, empieza á brotar de ellas un torrente de infinita luz, que deslumbra al enemigo, y una inmensa fuerza que lo aterra, porque en aquellos clavos, que taladran las manos de Jesus, está escondida su fortaleza ². Solo faltaba que Jesus subiese al trono de ignominia, que Lucifer le habia preparado en su furor, para empezar á manifestar aquella fuerza con que ha ablandado el corazon de su Padre, ha desarmado su brazo robusto, y excitado su misericordia, pidiéndole perdon para todos los

¹ Mat. cap. 4, vv. 3, 6, 9.

² Habac. cap. 3, v. 4.

hombres, sin exceptuar á los mismos que lo crucificaban, y para descubrirse ya, como abogado del mundo, Señor del reino celestial y consuelo de los pecadores arrepentidos. ¡Oh qué fortaleza estaba oculta en el Corazon de Jesus! ¡Oh qué virtud ha salido de sus ignominias!

Mas, conviene saber que esa victoria, que obtiene Jesus con la humildad y mansedumbre, no es tanto para él mismo, como para nosotros: y, puesto que somos soldados en este mundo, precisados á combatir sin cesar contra los enemigos de nuestra alma, si hemos de ser fuertes, debemos buscar las armas de Jesus. Y ¿qué nos dice Jesus? Nos dice, que no temamos á los que matan el cuerpo y nada pueden hacer al alma: que temamos á Dios, y lo amemos como á nuestro Padre, que tiene contados hasta los cabellos de nuestra cabeza ³; y que andemos entre los mundanos, como ovejas entre lobos, y sin temor al mundo, por haberlo él vencido con su brazo poderoso. Y cuán cierto es que, cuando nuestras armas de defensa son la mansedumbre y la humildad, vencemos aunque nos rodeen miles de adversarios, mientras caemos vencidos y postrados, al querer pelear con las armas del orgullo. El impio repite sin cesar, *mi fuerza y la robustez de mi brazo me han granjeado cuanto tengo* ²: mas el justo no sabe decir, sino que *su fortaleza y su alabanza es el Señor* ³. Confrontemos nuestras acciones con estas dos sentencias, y vivamos con temor y temblor, pues la primera fue el tema de Lucifer, y la segunda es la que nos dará victoria y nos llevará al cielo.

¹ Mat. cap. 10, vv. 28, 30. ² Deut. cap. 8, v. 17.

³ Psalm. 117, v. 14.

EJEMPLO.

En los tres primeros siglos de la Iglesia, en los cuales estaban los fieles expuestos sin cesar á sufrir el martirio, era tan grande el fervor de los cristianos, que iban cada dia con premura á asistir á la celebracion de los misterios divinos, y á fortificar su alma, recibiendo la sagrada Eucaristía; y para lograrlo, bajaban á las Catacumbas y se encerraban en las entrañas de la tierra, pues solo así podian participar de la refeccion sagrada: y tenian un conocimiento tan perfecto de los efectos que produce la union de Jesucristo con el alma del que lo recibe dignamente, que no se creian aptos para el martirio, si no se armaban con este escudo de justicia y este yelmo de la caridad. Sabian los mártires que con las armas de Jesus vencerian á todo el infierno coligado contra ellos, y que sin ellas sucumbirian.

PROPÓSITOS.

¡Ah! Aunque en estos tiempos no nos veamos precisados á dar la vida por la fe, porque los tiranos y perseguidores de aquella especie no existen, debiéramos vivir, como si tuviéramos que morir cada dia por Jesucristo; pues el combate á que estamos expuestos sin cesar, viviendo en medio de un mundo hipócrita, no es menos expuesto, que aquel de los primeros fieles, si quizás no es mas aleve: pues la impiedad ha tomado por armas la seducción del corazon y el alucinamiento del alma, engañando á aquel con placeres, y á esta con máximas de falsa libertad. Prometamos al Corazon de Jesus vivir uni-

dos por la fe y la caridad á la Santa Iglesia Católica, pues solo en su seno se profesa la verdadera obediencia y abnegacion, que son el fundamento de nuestra fortaleza contra nuestros enemigos espirituales.

AFECTOS.

O Dios mio, vos aparecísteis humilde, para destruir las potestades infernales, y yo he sido altivo y soberbio, creyendo que podia salvarme amando la vanidad del mundo, y halagando la sensualidad de la carne. Dadme, Señor, aquella sabiduría que solo descende del cielo, para dirigir mis pasos al camino de la paz.

Padre nuestro, etc., como el primer dia.

DIA XIX.

Todo se dice como el primer dia, hasta la siguiente

MEDITACION.

ANGUSTIAS DEL CORAZON DE JESUS.

PUNTO PRIMERO. La vida temporal del Redentor es una série no interrumpida de portentos inefables, pues empieza por la humillacion de todo un Dios, que toma nuestra forma en las entrañas de la Virgen, continúa anonadado, viéndolo los mundanos sin gloria, y acaba en un madero. El Hijo de Dios da su último suspiro, odiado de los hombres, maldecido de la ley, condenado por la justicia de la tierra, y